

LA CREACIÓN DE UNA IGLESIA LATINOAMERICANA EN EL SIGLO XIX. ¿UNA REACCIÓN ULTRAMONTANA?

FRANCISCO JAVIER RAMÓN SOLANS*

¿Por qué hablamos de Iglesia latinoamericana? ¿Por qué se fundó un Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM)? ¿Qué es lo que une a países e Iglesias tan diversas como las de Perú, México o Argentina en el espacio imaginado de América Latina? ¿Desde cuándo se habla de la Iglesia latinoamericana? ¿Cuál fue la intención con la que se empleó en primer lugar? En el fondo, estas preguntas se podrían resumir en ¿por qué dotamos a un espacio geográfico de una unidad y hablamos de él con naturalidad como si fuera obvia su existencia?¹.

En paralelo a su uso en Francia, en la década de los cincuenta se comienza a utilizar el término de *latinidad* para designar los países americanos resultantes de los antiguos imperios de España y Portugal en contraposición a la América inglesa. Como señala Walter D. Mignolo, esta idea sería promovida por la élite criolla para definirse exteriormente frente a la amenaza de EE. UU. e interiormente frente a la población india y africana². Sin embargo, más allá del papel que desempeñó en la mentalidad criolla, los orígenes de la idea de América Latina estarían en los medios católicos chilenos. De hecho, fruto de la iniciativa del presbítero José Ignacio Vicente Eyzaguirre se fundaría la primera institución latinoamericana: el Colegio Pío Latinoamericano en Roma. Así pues, los católicos no solo estarían en el origen del término, sino que también promoverían la creación de una Iglesia latinoamericana.

Mi hipótesis es que en su origen, dicha creación fue una respuesta de los católicos a los excesos derivados de la utilización del derecho de patronato al mismo tiempo que un intento de crear una solidaridad transnacional entre los diversos países y con el papa. Tras el derrumbamiento de la mastodóntica estructura de la monarquía hispánica, se impuso la cuestión de cómo articular y pensar las relaciones entre los nuevos Estados y la Iglesia. La situación era especialmente complicada, ya que el derecho de patronato de la monarquía hispana había hecho que las Iglesias coloniales permanecieran aisladas del Vaticano y tuvieran que establecer por primera vez contacto con Roma. Además, las nuevas repúblicas afrontaban el nuevo siglo

* WWU Münster.

¹ Idea recogida en la obra Lewis, Martin W., y Wigen, Kären E., *The Myth of Continents. A Critique of Metageography*, Berkeley, University of California Press, 1997.

² Mignolo, Walter D., *The Idea of Latin America*, Malden, Blackwell, 2005, pp. 59-89. Para la idea de América véase Larrain, Jorge, *Modernidad, razón e identidad en América Latina*, Santiago de Chile, Andrés Bello, 1996.

en una situación muy inestable debido a las numerosas vacantes eclesiásticas (obispos huidos y muertos durante el primer tercio del siglo XIX) y a las constantes negativas de Pío VII, León XII y Pío VIII a reconocer las nuevas repúblicas latinoamericanas.

En este contexto, las nuevas repúblicas americanas quisieron apropiarse de las prerrogativas que había otorgado el derecho de patronato a la monarquía española. Desde posiciones herederas del galicanismo o el regalismo, buena parte de la Iglesia patriota que había apoyado la independencia, defendió el derecho de las nuevas repúblicas a heredar el patronato. El fracaso de la misión Muzi sería un buen ejemplo de la fuerza que había adquirido esta corriente dentro de la Iglesia latinoamericana. A petición del Gobierno chileno, en 1823, Pío VII envía una misión dirigida por el vicario apostólico Muzi en la que se encontraba el canónigo Mastai Ferretti, futuro Pío IX con la misión de normalizar las relaciones con la nueva república. Sin embargo, la misión no solo no conseguiría normalizar las relaciones Roma-Estado, sino que fracasaría a la hora de nombrar obispos por la pretensión del Gobierno de mantener el derecho de presentación heredero del patronato³. La articulación de un proyecto latinoamericano sería, pues, una respuesta a las tensiones suscitadas por el patronato y la articulación de los primeros proyectos políticos secularizadores.

Por último, la creación de estructuras latinoamericanas también responde a una voluntad de acercarse a Roma. De esta manera, cuando se imagina la Iglesia de América Latina se hace como un medio de estrechar el vínculo de unión con el centro del catolicismo. Alejadas geográficamente del papa, las nuevas repúblicas iberoamericanas se pensaban como un todo para facilitar su diálogo con Roma y superar las barreras nacionales creadas tras las independencias.

ORIGEN DE LA IDEA DE AMÉRICA LATINA

Parece que las primeras referencias a la idea de América Latina están en la obra del san-simoniano Michel Chevalier, representante diplomático de Thiers en EE. UU. y México que esboza en su trabajo la contraposición entre una raza latina y otra anglosajona⁴. La historiografía suele señalar que el término propiamente de América Latina surge en la década de 1860 en los círculos parisinos como parte de un intento de contraponer al ascenso del Imperio británico y la raza anglosajona una idea de latinidad que englobara los países del sur de Europa e Iberoamérica.

Sin embargo, el surgimiento y la consolidación de esta idea habría que buscarlos precisamente una década antes en el propio continente americano. La conquista estadounidense de vastas extensiones de territorio mexicano, así como las campañas filibusteras de William

³ Martí Gilabert, Francisco, «La misión en Chile del futuro papa Pío IX. I. Preparativos y escala en Buenos Aires (1821-1824)», *Anuario de Historia de la Iglesia*, 9 (2000), pp. 235-258.

⁴ Ayala Mora, Enrique, «El origen del nombre América Latina y la tradición católica del siglo XIX», *Anuario Colombiano de Historia Social*, 40-1 (2013), pp. 213-241.

Walker en Nicaragua y Costa Rica produjeron un amplio rechazo en la opinión pública a la política agresiva de EE. UU. y a la doctrina del destino manifiesto que guio dichas intervenciones. En este contexto, en 1856, el colombiano José María Torres Caceido, uno de los padres del americanismo, utilizó la expresión «América Latina» para hacer frente a la «América anglosajona». El liberal radical Francisco Bilbao promovió la *Iniciativa de América. Idea de un congreso federal de las repúblicas* en 1856 que trató de revivir el proyecto bolivariano de la Confederación de la América del Sur.

Aunque estos intentos no llegaran a buen puerto, sugieren la articulación de un sentimiento de pertenencia a una comunidad supranacional que se veía agredida por una amenazadora y creciente presencia estadounidense en el continente. En cualquier caso, el alcance de estas primeras formulaciones es bastante limitado, reduciéndose en lo esencial a algunos círculos intelectuales americanos. Esta es la principal diferencia con el discurso latinoamericano que se genera en los círculos católicos y que desembocará en la creación de la primera institución latinoamericana, el Colegio Pío Latinoamericano, que formara a la futura elite eclesiástica latinoamericana, así como con el desarrollo de una serie de iniciativas tendentes a construir puentes entre los católicos americanos y los católicos del resto del mundo y el papado.

UNA IGLESIA LATINOAMERICANA ANTES DE LA IGLESIA LATINOAMERICANA

Los radicales cambios políticos que se produjeron entre finales del siglo XVIII y principios del XIX obligaron al Vaticano no solo a una reflexión profunda, sino a la creación de estructuras que permitieran una respuesta rápida a los incipientes problemas políticos. En 1814, Pío VII crearía la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios como respuesta a «tantos años de vértigo y trastornos [que] han causado un desconcierto notable en materia de religión»⁵. Conforme avanzaba el siglo, la congregación fue adquiriendo más importancia como vehículo para la adopción de respuestas rápidas a los problemas y desafíos que fueran surgiendo. Aunque la congregación preparó informes en 1817, no fue hasta la década de 1820 cuando la cuestión americana fue tomando peso⁶. Las crecientes tensiones diplomáticas con España en el Trienio y la llegada de la primera delegación americana del chileno Cienfuegos produjo un replanteamiento global de la estrategia vaticana y Pío VII accedió a enviar a Chile la mencionada misión Muzi.

La restauración absolutista de Fernando VII en 1823 y las presiones españolas para frenar el reconocimiento de la independencia de las nuevas repúblicas hicieron que Pío VIII expulsara a la delegación de la Gran Colombia y que publicara la encíclica *Etsi iam Diu* en 1824, que llamaba a la moderación a los obispos americanos. Sin embargo, la victoria de Bolívar

⁵ Pásztor, Lajos, «La congregazione degli affari ecclesiastici straordinari tra il 1814 e il 1850», *Archivum Historiae Pontificiae*, 6 (1968), pp. 191-318, p. 195.

⁶ *Ibidem*, pp. 242-245, 249 y 253.

en Ayacucho, el reconocimiento diplomático de Inglaterra y la mediación de Francia hicieron posible que el papa escuchara a los enviados latinoamericanos. Se pide a la Congregación de Negocios Eclesiásticos Extraordinarios una ponencia. Elaborada por Cappelari, futuro Gregorio XVI, en ella se señalaba que era momento de que la Iglesia recuperara el control de América y que la Santa Sede comenzara a nombrar obispos para la Gran Colombia y Chile, lo que provocó la ruptura de relaciones diplomáticas de Fernando VII con la Santa Sede⁷. Esta vocación americana hizo que el cardenal della Somaglia dijera que Cappelari era para la Santa Sede como «el Colón de América»⁸.

De hecho, la llegada al papado de Gregorio XVI confirmó el cambio de tendencia que había vivido la Iglesia con León XII. El nuevo papa no solo reconoció los Estados de Nueva Granada (1835), México (1836) o Ecuador (1838), sino que dio a la Iglesia un impulso global al reorganizar y centralizar las misiones, fundar 70 diócesis y vicariatos apostólicos, promover 195 obispos, e interesarse por la unión ecuménica de la Iglesia de Oriente, la esclavitud o la formación del clero indígena⁹.

Aunque se desconocen los detalles, parece que en esta primera etapa fue cuando surgió por primera vez la idea de crear un colegio americano en Roma. El responsable de esta iniciativa fue el jesuita mejicano José Ildefonso Peña que se encontraba en el Vaticano desde 1825. Bien relacionado con la corte vaticana, el padre Peña fue confesor de Gregorio XVI y jugó un papel importante en la misión diplomática de su compatriota Francisco Pablo Vázquez. Sin embargo, su proyecto se frustró por la ausencia de recursos y porque fue enviado a las misiones en Argentina en 1835 y Chile en 1848¹⁰.

EL BALMES AMERICANO: JOSÉ IGNACIO VÍCTOR EYZAGUIRRE

José Ignacio Víctor Eyzaguirre es una de las figuras más destacadas del catolicismo latinoamericano del siglo XIX y, sin embargo, todavía no existe una buena aproximación biográfica a su figura. Nacido en Santiago de Chile en 1817, estudió Filosofía y Teología en el Instituto Nacional, en el convento de Santo Domingo y en la Universidad privada de Santo Tomás. Bachiller en Teología y en Leyes por la Universidad de San Felipe, su carrera parecía inclinarse hacia el mundo del derecho y de hecho ejerció como abogado en 1838. Sin embargo, abandonó muy pronto dicha carrera y se ordenó sacerdote tan solo dos años después. Profe-

⁷ López, Álvaro, *Gregorio XVI y la reorganización de la Iglesia hispanoamericana. El paso del régimen de patronato a la misión como responsabilidad*, Roma, Editrice Pontificia Università Gregoriana, 2004, pp. 175-188.

⁸ Cit. Pásztor, Lajos, «La congregazione...», *op. cit.*, p. 253

⁹ López, Álvaro, *Gregorio XVI...*, *op. cit.*, p. 250.

¹⁰ Decorme, Gerardo, *Historia de la Compañía de Jesús en la República mexicana durante el siglo XIX. Tomo I Restauración y vida de secularización, 1816-1848*, Guadalajara, Tip. «El regional», 1914, pp. 301-302 y 356-359; García Ugarte, Marta Eugenia, «Proyectos de formación eclesial en México (1833-1899)», *Lusitania Sacra*, 26 (2012), pp. 25-54 y Medina Asensio, Luis, *Historia del Colegio Pío Latino Americano (Roma: 1858-1978)*, México, Editorial Jus, 1979, pp. 28-29.

sor y decano de la Facultad de Teología de la Universidad de Santiago, Eyzaguirre también se dedicaría a labores políticas como diputado de Putaendo entre 1849 y 1852, año en el que tuvo que abandonar Chile por razones políticas, ya que, desde posiciones conservadoras, se opuso a la candidatura de Montt que salió triunfante de la guerra civil de 1851¹¹.

Más allá de las razones políticas que le llevaron a salir de Chile, este viaje acabaría por marcar su vida y convertirle en uno de los referentes intelectuales del catolicismo latinoamericano. En su viaje pasó por Chile, Perú, Colombia, Panamá, Cuba, EE. UU., Inglaterra, Irlanda, Holanda, Prusia, Dinamarca, Suecia, Rusia, Polonia, Serbia, Rumanía, Grecia, Turquía, Líbano, Palestina, Egipto, Malta, España, Portugal, Francia, Bélgica, Suiza, Italia para terminar en el Vaticano. Después se instaló en París donde publicaría el famoso libro *El catolicismo en presencia de sus disidentes* en 1855. La obra no solo tendría un gran impacto en el ámbito hispanoamericano, sino que también sería traducida al francés y reseñada por Barrier en *L'Univers* (1 de septiembre de 1855). El libro de Eyzaguirre se inserta en la línea de otros trabajos coetáneos que comparaban el catolicismo con el protestantismo y otras religiones. *El catolicismo en presencia de sus disidentes* no solo está muy influenciado por la obra de Balmes, *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilización europea*, sino que fue visto por sus coetáneos como un perfecto complemento de la obra del canónigo catalán.

En 1862, el futuro presidente del Ecuador y católico intransigente, Gabriel García Moreno, escribía desde su exilio compartido en París a Eyzaguirre, «como católico y como sudamericano, pues me interesa en extremo cuanto contribuya al triunfo de nuestra verdadera religión y cuanto redunde en honor y beneficio de la América»¹². Esta carta sería el comienzo de una intensa relación entre el presidente ecuatoriano y el eclesiástico chileno. Ya fuera en visitas a otros países latinoamericanos, en el exilio, en Roma o en otros santuarios emblemáticos del catolicismo como Lourdes o Jerusalén, se comenzaba a establecer los primeros contactos entre los católicos latinoamericanos. Esta afirmación puede resultar sorprendente hoy, pero lo cierto es que las jerarquías eclesiásticas americanas no estaban muy interrelacionadas.

UN PROYECTO DE IGLESIA LATINOAMERICANA

En su visita a Roma, a finales de 1855 o principios de 1856, Eyzaguirre se entrevistó con el papa. A diferencia de lo que se ha dicho hasta ahora, Eyzaguirre no propuso la fundación del Colegio Latinoamericano sino que fue el propio Pío IX el que, preocupado por los informes que le llegaban desde América, tuvo la idea de formar al clero latinoamericano en Roma. Así, en una carta a su hermano Salvador Eyzaguirre le decía que el papa:

¹¹ Saranyana, Josep-Ignasi, «Teólogos y canonistas académicos en las repúblicas independientes y en Cuba», en Josep-Ignasi Saranyana (dir.) y Carmen-José Alejos Grau (coord.), *Teología en América Latina. Volumen III/2 De las guerras de independencia hasta finales del siglo XIX*, Madrid, Iberoamericana / Vervuert, 2008, pp. 515-871, pp. 739-755.

¹² Armijo Suárez, Julio, *Gabriel García Moreno. Presidente de la República del Ecuador y Monseñor José Ignacio Eyzaguirre. Fundador del Pontificio Colegio Pío Latino Americano*, Quito, La Prensa Católica, 1962, p. 5.

desea que los obispos de ambas Américas se pongan de acuerdo para el establecimiento de un gran seminario que deben establecer en Roma y sobre otros puntos: para esto era necesario hablar con una gran parte de aquellos, informarme de muchos pormenores y esta es la comisión que yo he recibido con mis credenciales dada en nombre del Papa por el cardenal secretario de Estado. [...] esta misión de recorrer la América como simple sacerdote para llevar a cabo una obra tan importante que el Papa recomienda tanto en mis credenciales y cuya necesidad ni yo podría conocer a fondo sino cuando he visto varios expedientes que existen e iniciados sobre la materia: cuando he visto comunicaciones reservadas de diversos nuncios de América y cuando me he puesto al tanto de lo que sucede en los países interiores de la misma América. Aquel gran seminario tendrá por objeto sino recibir los más adelantados y de mejor talento y conducta de cada seminario diocesano los que servirán después a los obispos para superiores de sus seminarios conciliares¹³.

La carta muestra la preocupación del Vaticano ante la situación americana. El largo camino desde la independencia hasta el reconocimiento vaticano por Gregorio XVI había dejado en suspenso el nombramiento de nuevos obispos, así como numerosas reformas y misiones. Los informes que llegaban de América no eran muy halagüeños. Así, en agosto de 1850, Valdivieso le escribía una carta al encargado de negocios *ad interim* de la Santa Sede en Nueva Granada, Sebastiano Buscioni, en la que proponía la unión del episcopado americano «para romper las cadenas que el regalismo español ha dejado por herencia a nuestros gobiernos democráticos»¹⁴.

En 1856, Eyzaguirre recorrió todo el continente americano con el objetivo de recaudar fondos para dicha institución. Pío IX pidió a su secretario de Estado, Giacomo Antonelli, que le proveyera de un documento de representación y recomendación para los obispos latinoamericanos en enero de 1856. El viaje sirvió a Eyzaguirre para afianzar sus relaciones con otros eclesiásticos de América Latina como el obispo de tal que prometió no se qué o con Jacinto Vera y Durán que sería el primer obispo de Uruguay.

Resultado de este viaje y con el objetivo de financiar el recién fundado colegio, José Ignacio Víctor Eyzaguirre publicaría *Los intereses católicos en América* (1859) en los que analiza el estado religioso de los países que recorrió en dicho viaje. Al igual que otros libros americanos publicados en la década de 1850, el libro es una condena de la política expansionista de EE. UU. y especialmente contras sus acciones en México y Nicaragua, cuyo triunfo se basa sobre la «falta de unión que deja aisladas y como entregadas a sus propias fuerzas a todas las repúblicas hispanoamericanas» y añora «el vasto plan de hacer independiente la América, concibieron además el de unir todos esos grandes territorios que la independencia llamó “repúblicas” en una confederación que las pusiese en estado de defenderse mutuamente»¹⁵. De hecho, se alegra de la respuesta dada por los pueblos hispanoamericanos para defender Nicaragua, «una república que forma parte de su misma raza y de su misma familia»¹⁶.

¹³ Archivo Nacional de Chile, Fondo Jaime Eyzaguirre, XX, fol. 156.

¹⁴ Archivo de la Archidiócesis de Santiago de Chile, Cartas del Prelado Valdivieso, vol. 283, 1850-1851, fol. 50.

¹⁵ Eyzaguirre, José Ignacio Víctor, *Los intereses católicos en América*, París, Garnier, 1859, t. II, p. 328.

¹⁶ *Ibidem*, p. 420.

Los intereses católicos en América tendrán un gran impacto ya que ofrecen a los católicos latinoamericanos un marco interpretativo global de su historia reciente. Para Eyzaguirre, los problemas que aquejaban a América eran los mismos, anarquía, despotismo, falta de libertad o exceso de ella, nepotismo, etc. Los americanos se habían olvidado de la religión y «medio siglo de sangrientas revoluciones es la terrible enseñanza que la Providencia da a la América, a esa América que pretende ajar la fe que recibió de sus mayores y emanciparse de la Iglesia que le dio todos los bienes de la civilización»¹⁷.

Frente a estos problemas que tenían su raíz última en la religión, el libro era un intento de conciliar catolicismo y libertades modernas en un proyecto de república católica. De hecho, el libro no condenaba las independencias pero sí sus excesos revolucionarios, «pasó el torrente; se apagó el fuego inmenso que encendió en todos los espíritus aquella falsa libertad»¹⁸. En este intento de conciliación del mundo moderno con el catolicismo, Eyzaguirre toma como referente a Balmes, quien demostró «que la libertad no era una doctrina nueva y que no podía disputarse al Evangelio la gloria de haberla propagado, como pretendían negar los socialistas modernos»¹⁹. La libertad no dependía de la forma de gobierno y de hecho los san Agustín, santo Tomás y otros «han defendido la causa de la libertad y los derechos de los pueblos y de los ciudadanos, contra las repúblicas, contra los emperadores, contra los reyes y contra los príncipes, contra los ministros, los magistrados y los procónsules de todos los siglos y de todos los países, con esa conciencia del derecho que les asiste y dan la fuerza de la verdad y el desprecio de las persecuciones y de la muerte»²⁰. Quizás sea esta una de las grandes particularidades del pensamiento ultramontano americano, ya que a diferencia del europeo y, por razones obvias, no está tan vinculado con el monarquismo y el legitimismo. Sin embargo, ambos modelos comparten una defensa del catolicismo como factor de orden social:

Mil veces hemos dicho con la historia a la vista que ningún Estado puede afianzarse sólidamente sino sobre la base de la religión, y ahora queremos repetir que solo la religión puede salvar a la América española de ese abismo donde la condujeron los excesos de sus hijos. Una reacción religiosa es pues hoy la gran necesidad de los hispanoamericanos; pero para que esa reacción sea fructuosa, es preciso que comience por hacerse sentir en la marcha de la autoridad política y en sus relaciones con la Iglesia²¹.

Sin embargo, para que se pueda producir esta reacción que la Iglesia tanto necesita, esta tiene que tener libertad y aquí viene uno de los puntos centrales de su pensamiento, la crítica del patronato y en especial de uno de sus puntos más polémicos, el nombramiento de obispos por parte del Estado. Las naciones al independizarse acentuaron el regalismo, privaron a la Iglesia de libertades y acabaron arruinando a la religión. Para dicho autor,

¹⁷ Eyzaguirre, José Ignacio Víctor, *Los intereses católicos en América*, París, Garnier, 1859, t. I, p. IV.

¹⁸ Eyzaguirre, José Ignacio Víctor, *Los intereses...*, t. II, p. 453.

¹⁹ *Ibidem*, p. 454.

²⁰ *Ibidem*, p. 445.

²¹ *Ibidem*, p. 443.

es más perjudicial para la Iglesia el despotismo que la oprime a título de protección, que la deja sin movimiento y la hace servir a veces de instrumento de gobierno, que la tiranía de otros que a cara descubierta se dicen sus adversarios. Y poco importa que aquel despotismo sea el de la multitud o el de uno solo, porque en ambos casos representa al poder que dispone de la fuerza material, invadiendo el dominio espiritual de quien no tiene sino medios también espirituales para contenerlo, y en ambos casos es también el poder mismo quien arrebató a la Iglesia su vida después de engañarla traidoramente²².

La crítica del galicanismo en todas sus formas conllevaba una defensa del contacto directo con el papa y, por lo tanto, la reafirmación del ultramontanismo:

Los católicos necesitan ilustrarse en su fe, conocer los deberes que esta les impone, recibir directamente y sin trabas de alguna especie las disposiciones del Pastor universal del catolicismo y ser dirigido por el báculo pastoral, sin que ningún poder extraño regle o intervenga en los movimientos de aquel²³.

EL COLEGIO PÍO LATINOAMERICANO

Tras la petición al papa de 1856 y el viaje de recogida de fondos de Eyzaguirre, el Colegio abrió sus puertas en noviembre de 1858 con 18 estudiantes. Los comienzos del Colegio no fueron fáciles, tuvieron problemas de indisciplina, alojamiento y, sobre todo, de falta de fondos. Nombrado legado papal para Bolivia, Perú y Ecuador en 1860, Eyzaguirre intentó recopilar fondos y alumnos para el centro. En 1863, volvió a Chile y en 1874 marchó otra vez a Europa, para participar en tareas del Colegio Pío Latinoamericano. En 1875, viajó a Tierra Santa, donde falleció. Aquel mismo año se publicaban sus *Instrucciones al pueblo cristiano* dedicado a los jóvenes alumnos del Pío Latinoamericano: «en los primeros días del difícil apostolado que os aguarda de vuelta a vuestra patria, la América, nuestra madre común»²⁴.

Así, además de las razones antes esbozadas, la formación del clero latinoamericano se situaba evidentemente como una de las primeras razones para su fundación. Los alumnos del Colegio Latinoamericano estaban, pues, destinados a conformar la elite eclesial del continente y con ello a la modernización y romanización de sus Iglesias. Ya fuera como obispos o profesores de seminarios diocesanos, una de sus principales preocupaciones sería la mejora de la educación del clero local, transmitiendo lo aprendido en Roma sobre doctrina, disciplina, prácticas espirituales, asociaciones, devociones y fidelidad al papa. El rol preeminente al que estaba destinado a ocupar el clero del Colegio generó algunas resistencias entre los eclesialistas que habían desarrollado su trayectoria profesional en el continente y que veían su posición peligrar.

²² *Ibidem*, pp. 447-448.

²³ *Ibidem*, pp. 445-446.

²⁴ *Instrucciones al pueblo cristiano*, Roma, Imprenta Poliglota de Propaganda Fide, 1875.

Los estudiantes, seleccionados por los obispos latinoamericanos, residirían en el Colegio Pío Latinoamericano y se formarían en las universidades romanas, especialmente en la Gregoriana. Conviene por un momento que nos detengamos en la impresión que causaba a los estudiantes su presencia en una de las universidades más grandes del mundo, compartiendo aula con alumnos venidos de todas las partes del mundo, participando de los grandes momentos de la cristiandad en Roma como las beatificaciones, peregrinaciones y jubileos o siendo recibidos por el papa en su palacio. Solo así podemos entender la importancia que tuvo el Colegio en la formación de una conciencia ultramontana fundada en la centralidad de Roma y el papado y la naturaleza global de la Iglesia.

Asimismo, su estancia en el Colegio serviría para reforzar un sentimiento de pertenencia a América Latina. Los alumnos compartían colegio con eclesiásticos de todo el continente, realizaban ceremonias conjuntas, exaltaban sus santos y sus devociones, hospedaban a los obispos que acudían a Roma, etc. Las vacaciones y otras actividades con los alumnos de los colegios español y portugués no harían sino reforzar los vínculos de una comunidad imaginada latinoamericana. Como señaló Lisa M. Edwards, los alumnos del Colegio Pío Latinoamericano:

Tuvieron una influencia mucho mayor que la que su número podría sugerir. Así, jugaron un papel muy importante en la conformación de la moderna Iglesia latinoamericana tanto en su organización interna como en sus relaciones con el papado y los creyentes. Su educación y sus carreras fueron cruciales para la estrategia de modernizar y romanizar la Iglesia latinoamericana frente al creciente secularismo²⁵.

La reunión del Primer Concilio Plenario Latinoamericano en Roma en 1899 es una buena prueba de la importancia que había adquirido dicho centro. De los 53 obispos presentes en el Concilio, 13 habían sido alumnos del Colegio y había incluso uno de los 18 fundadores: Juan Agustín Boneo, obispo de Santa Fe (Argentina). Además, entre los exalumnos estaba el primer cardenal de Latinoamérica y arzobispo de Río de Janeiro, Arcoverde.

Durante la celebración del Concilio, la financiación del Colegio ocupó un lugar fundamental gracias a Mariano Soler, arzobispo de Montevideo. La propia idea de la celebración del Concilio está íntimamente ligada al Colegio. Dos cartas destinadas a León XIII tuvieron un papel fundamental. La primera fue la de Mariano Soler, entonces vicario general de Montevideo, que realizó un viaje por toda América Latina para recaudar fondos para el Colegio. Al volver escribe en 1888 al cardenal Laurenzia para informarle del deplorable estado del catolicismo en el continente y la necesidad de reformas. La segunda pertenece a Mariano Casanova, arzobispo de Santiago de Chile, en la que se propone la celebración de un concilio para América del Sur para hacer frente a la difícil situación de la Iglesia por las sociedades secretas, Gobiernos que siguen normas europeas como el matrimonio civil o

²⁵ Edwards, Lisa M., *Roman Virtues. The Education of Latin American Clergy in Rome, 1858-1962*, Nueva York, Peter Lang, 2011, p. 1.

la separación de la Iglesia y el Estado «pero reforzando el daño con el recurso al regalismo heredado de España»²⁶.

CONCLUSIONES

El debate se ha planteado erróneamente en situar cuándo fue utilizado por primera vez el término *América Latina*. La cuestión principal no es cuándo surge propiamente el concepto de *América Latina*, sino cuándo comienza a articularse un sentimiento de comunidad y un planteamiento global de la realidad americana. Así, por ejemplo, al principio, el Vaticano pudo pensar el fenómeno de las independencias americanas de una manera global, como consecuencia del mismo germen revolucionario, pero la respuesta fue nacional y estuvo mediatizada por la situación política en España. El caso del Colegio Pío Latinoamericano resulta especialmente importante porque es la primera vez que se propone una respuesta latinoamericana a los males de la Iglesia en aquellos países. Este proyecto es al mismo tiempo síntoma y acicate de la creación de un sentimiento latinoamericano, de la articulación de una comunidad imaginada latinoamericana resultado de viajes y contactos entre las jerarquías eclesiásticas en el propio continente y en Europa.

Como señala Enrique Ayala Mora, «para los católicos de América fieles al Vaticano reconocerse como latinos era ratificar su lealtad a la Sede Romana y profundizar la conciencia del hecho de ser miembros de una institución universal, que iba más allá de las fronteras de los Estados». Pensar la unidad supranacional América Latina era importante tanto para las autoridades vaticanas como para las jerarquías americanas, ya que «posibilitaba la existencia de un frente común ante los Estados que pugnaban por controlar a las Iglesias nacionales y reducir su poder e independencia»²⁷. La creación de una Iglesia latinoamericana no solo estaría vinculada con la reacción de una parte de los católicos frente al intento de las nuevas repúblicas de heredar el patronato, sino también a la defensa del ultramontanismo. La creación de una conciencia latinoamericana estaría así, pues, vinculada con la creación de una conciencia de pertenencia a una Iglesia universal dirigida desde Roma.

²⁶ Citado en Pazos, Antón M., «Motivos de fondo para la reunión del Concilio Plenario de América Latina», *Jahrbuch für Geschichte Lateinamerikas*, 38 (2001), pp. 245-266, p. 252.

²⁷ Ayala Mora, Enrique, «El origen del nombre...», pp. 235-236.